



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 20 de noviembre de 2002

El buen pastor es el Dios altísimo y sapientísimo

1. En el libro del gran profeta Isaías, que vivió en el siglo VIII a.C., se recogen también las voces de otros profetas, discípulos y continuadores suyos. Es el caso del que los estudiosos de la Biblia han llamado "el segundo Isaías", el profeta del regreso de Israel del exilio en Babilonia, que tuvo lugar en el siglo VI a.C. Su obra constituye los capítulos 40-55 del libro de Isaías, y precisamente del primero de estos capítulos está tomado el cántico que ha entrado en la *Liturgia de las Laudes* y que se acaba de proclamar.

Este cántico consta de dos partes: los dos primeros versículos provienen del final de un hermosísimo oráculo de consolación que anuncia el regreso de los desterrados a Jerusalén, guiados por Dios mismo (cf. *Is* 40, 1-11). Los versículos sucesivos forman el inicio de un discurso apologético, que exalta la omnisciencia y la omnipotencia de Dios y, por otra parte, somete a dura crítica a los fabricantes de ídolos.

2. Así pues, al inicio del texto litúrgico aparece la figura poderosa de Dios, que vuelve a Jerusalén precedido de sus trofeos, como Jacob había vuelto a Tierra Santa precedido de sus rebaños (cf. *Gn* 31, 17; 32, 17). Los trofeos de Dios son los hebreos desterrados, que él libró de las manos de sus conquistadores. Por tanto, Dios se presenta "como pastor" (*Is* 40, 11). Esta imagen, frecuente en la Biblia y en otras tradiciones antiguas, evoca la idea de guía y de dominio, pero aquí los rasgos son sobre todo tiernos y apasionados, porque el pastor es también el compañero de viaje de sus ovejas (cf. *Sal* 22). Vela por su grey, no sólo alimentándola y preocupándose de que no se disperse, sino también cuidando con ternura de los corderitos y de las ovejas que han dado a luz (cf. *Is* 40, 11).

3. Después de la descripción de la entrada en escena del Señor, rey y pastor, viene la reflexión sobre su acción como Creador del universo. Nadie puede equipararse a él en esta obra grandiosa y colosal: desde luego, no el hombre, y mucho menos los ídolos, seres muertos e impotentes. El profeta recurre luego a una serie de preguntas retóricas, es decir, preguntas en las que se incluye ya la respuesta. Son pronunciadas en una especie de proceso: nadie puede competir con Dios y arrogarse su inmenso poder o su ilimitada sabiduría.

Nadie es capaz de medir el inmenso universo creado por Dios. El profeta destaca que los instrumentos humanos son ridículamente inadecuados para esa tarea. Por otra parte, Dios actuó en solitario; nadie pudo ayudarle o aconsejarle en un proyecto tan inmenso como el de la creación cósmica (cf. vv. 13-14).

En su 18ª *Catequesis bautismal*, san Cirilo de Jerusalén, comentando este cántico, invita a no medir a Dios con la vara de nuestra limitación humana: "Para ti, hombre tan pequeño y débil, la distancia de la Gotia a la India, de España a Persia, es grande, pero para Dios, que tiene en su mano el mundo entero, cualquier tierra está cerca" (*Le Catechesi*, Roma 1993, p. 408).

4. Después de celebrar la omnipotencia de Dios en la creación, el profeta pondera su señorío sobre la historia, es decir, sobre las naciones, sobre la humanidad que puebla la tierra. Los habitantes de los territorios conocidos, pero también los de las regiones remotas, que la Biblia llama "islas" lejanas, son una realidad microscópica comparada con la grandeza infinita del Señor. Las imágenes son brillantes e intensas: los pueblos son como "gotas de un cubo", "polvillo de balanza", "un grano" (*Is* 40, 15).

Nadie podría ofrecer un sacrificio digno de este grandioso Señor y rey: no bastarían todas las víctimas de la tierra, ni todos los bosques de cedros del Líbano para encender el fuego de este holocausto (cf. v. 16). El profeta recuerda al hombre su límite frente a la infinita grandeza y a la soberana omnipotencia de Dios. La conclusión es lapidaria: "En su presencia, las naciones todas, como si no existieran, valen para él nada y vacío" (v. 17).

5. Por consiguiente, el fiel es invitado, desde el inicio de la jornada, a adorar al Señor omnipotente. San Gregorio de Nisa, Padre de la Iglesia de Capadocia (siglo IV), meditaba así las palabras del cántico de Isaías: "Cuando escuchamos la palabra "omnipotente", pensamos en el hecho de que Dios mantiene todas las cosas en la existencia, tanto las inteligibles como las que pertenecen a la creación material. En efecto, por este motivo, tiene el orbe de la tierra; por este motivo, tiene en su mano los confines de la tierra; por este motivo, tiene en su puño el cielo; por este motivo, mide con su mano el agua del mar; por este motivo, abarca en sí toda la creación intelectual: para que todas las cosas permanezcan en la existencia, mantenidas con poder por la potencia que las abraza" (*Teología trinitaria*, Milán 1994, p. 625).

San Jerónimo, por su parte, se queda atónito ante otra verdad sorprendente: la de Cristo, que, "a

pesar de su condición divina, (...) se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos" (*Flp* 2, 6-7). Ese Dios infinito y omnipotente -afirma- se hizo pequeño y limitado. San Jerónimo lo contempla en el establo de Belén y exclama: "Aquel que encierra en un puño el universo, se halla aquí encerrado en un estrecho pesebre" (*Carta* 22, 39, en: *Opere scelte*, I, Turín 1971, p. 379).

Saludos

Doy mi cordial bienvenida a todos los peregrinos de España y de América Latina, de modo particular a los miembros del instituto de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María, de España, así como a los aspirantes de la Escuela de investigaciones policiales, de Chile, y a los peregrinos de Guatemala. Desde el comienzo al final de cada jornada, adorad al Dios infinito y omnipotente, que en Cristo ha asumido nuestra condición humana. ¡Que Dios os bendiga

(En polaco)

En la catequesis de hoy meditamos las palabras del cántico del profeta Isaías, en el que consuela a Israel y anuncia el regreso de los desterrados a Jerusalén. Esta consolación tiene como base la verdad de la omnipotencia y omnisciencia de Dios. Dios omnipotente no sólo creó el mundo y los hombres, sino que como omnisciente gobierna la creación y a través de los siglos, como pastor, se inclina sobre el hombre, lo protege y lo guía con ternura por la vida. Que esta certeza nos acompañe siempre y suscite la esperanza en todos, y especialmente en los que se sienten solos o perdidos. ¡Que Dios os bendiga!.

(Con motivo del Día de las monjas de clausura, que en Italia se celebra el 21 de noviembre)

Mañana, memoria de la presentación en el templo de la santísima Virgen María, la Iglesia piensa con particular afecto en las monjas de clausura. Su presencia orante en tantas partes del mundo es una invitación a todos los cristianos a no olvidar la primacía de Dios en la vida. Estas hermanas han elegido dedicarse totalmente a la oración y viven de lo que la Providencia les procura mediante la generosidad de los fieles. Al mismo tiempo que les expreso a ellas mi vivo aprecio por la indispensable contribución que dan a la evangelización, invito a todos a sostenerlas con la ayuda espiritual y material.

Saludo finalmente a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. El próximo domingo, último del tiempo ordinario, celebraremos la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo. Queridos *jóvenes*, poned a Jesús en el centro de vuestra vida, y recibiréis de él luz en todas vuestras decisiones. Cristo, que ha hecho de la cruz un trono real, os ayude, queridos *enfermos*, a comprender el valor redentor del sufrimiento vivido en unión con él. A vosotros, queridos *recién casados*, os deseo que reconozcáis la presencia del Señor en vuestra familia, de forma que participéis en la construcción de su reino de amor y de paz.

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana